

ETNICIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y PROTESTA

¿Cómo interpretar la movilización y la
política indígena en el siglo XXI?

Salvador Martí i Puig
Universidad de Salamanca

The Rise of Ethnic Politics in Latin America. Por Raúl L. Madrid. Cambridge: Cambridge University Press, 2012. Pp. 256. \$28.99 tapa blanda. ISBN: 9780521153256.

Pachakutik and the Rise and Decline of the Ecuadorian Indigenous Movement. Por Kenneth J. Mijeski and Scott H. Beck. Athens: Ohio University Press, 2011. Pp. xiv + 159. \$28.95 tapa blanda. ISBN: 9780896802803.

The New Politics of Protest: Indigenous Mobilization in Latin America's Neoliberal Era. Por Roberta Rice. Tucson: University of Arizona Press, 2012. Pp. xxi + 160. \$50.00 tapa dura. ISBN: 9780816528752.

Runakunaka ashka shaikushka shinami rikurinkuna, ña mana tandanakunata munankunachu: La crisis de movimiento indígena ecuatoriano. Por Luis Alberto Tuaza Castro. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Ecuador, 2011. Pp. 371. \$18.00 tapa blanda. ISBN: 9789978673119.

Durante las últimas dos décadas en América Latina se ha hecho evidente la emergencia de diversos actores de matriz étnica en la escena política. Son muchos los acontecimientos que dan muestra de ello. Sin embargo, esta irrupción en el escenario político se ha dado de formas muy diferentes y con un éxito y una acogida muy desigual según el país. Actualmente, además, ya existe una razonable distancia temporal desde los primeros episodios de movilización indígena, y este hecho permite realizar reflexiones más precisas y ponderadas. Precisamente por ello hoy ya se cuenta con trabajos académicos (los aquí reseñados son una muestra de ello) de gran rigor analítico sobre este fenómeno, así el tono romántico o apocalíptico de hace unas décadas se está perdiendo para dar paso a trabajos más poderados y reflexivos.

En base a esta constatación actualmente muchos analistas se cuestionan cuatro grandes preguntas: (1) ¿qué formas ha adquirido la protesta de los pueblos indígenas? (2) ¿cuáles han sido las razones por las cuáles en algunos países las movilizaciones indígenas han desembocado en la creación de partidos de carácter étnico? (3) ¿por qué en determinados casos los partidos étnicos han conseguido tener una notable relevancia política mientras que en otros no? y, finalmente, (4) ¿qué ha supuesto su presencia (o paso) por el poder?

Estas preguntas aparecen entrelazadas en las obras aquí reseñadas, tanto de

forma genérica para toda la región (en la obras de Raúl L. Madrid y Roberta Rice) como destinadas al caso ecuatoriano (en las obras de Kenneth J. Mijeski y Scott H. Beck, y de Alberto Tuaza Castro). Precisamente por ello en este ensayo se dividirá temáticamente los debates en tres epígrafes y unas breves conclusiones.

EMERGENCIA Y PROTESTA

A menudo se ha expuesto que la movilización es fruto de la opresión, sin más. Si fuera así la aparición de actores políticos de carácter indígena en América Latina se podría prever a partir de la existencia de diferencias étnicas y lingüísticas en la región, y de la de marginación, explotación y violencia sufrida por estos colectivos históricamente subordinados y oprimidos. El problema, sin embargo, es mucho más complicado. Cualquier observador informado sabe que de la simple presencia de fenómenos como la diferencia o la subordinación no se puede predecir ninguna movilización ni conflicto. Así las cosas, es preciso elaborar explicaciones plausibles a través de las teorías que nos ofrecen los estudios de la acción colectiva.¹ Y esto es lo que hacen, precisamente, las obras de Tuaza Castro y Mijeski y Beck, interpretando la emergencia de los indígenas en Ecuador, y con mayor detalle y reflexión analítica, la obra de Roberta Rice.

En esta dirección Rice distingue dos olas de movilización en América Latina: una primera (de las décadas de 1970 y 1980) protagonizada por organizaciones sindicales en defensa de intereses laborales y corporativos, y una segunda (de las décadas de 1990 y 2000) impulsada por movimientos en defensa de derechos sociales, económicos y culturales, donde los movimientos indígenas han tenido un importante protagonismo. Es este último ciclo de movilizaciones el que centra la atención del libro *The New Politics of Protests*. Para ello Rice utiliza diversas perspectivas teóricas y herramientas analíticas propias del estudio de los movimientos sociales (movilización de recursos, proceso político, el modelo clásico y el de los “nuevos movimientos”) con el fin de averiguar las razones del auge de la movilización popular indígena en cuatro países con proporciones de población indígena muy diferente (estos países son Chile, Perú, Ecuador y Bolivia; siendo Chile el país con menor presencia indígena, con un 7.1 por ciento del total de la población, y Bolivia, el que cuenta con una proporción mayor: el 50.5 por ciento) y con unos diseños institucionales y formas de incorporación de clases populares muy diferentes. Así las cosas, la variable dependiente de este trabajo es el tipo de movilización acontecido en cada país y su alcance, intensidad e impactos.

Los objetivos de la obra de Rice son tres: (1) mostrar las razones por las cuáles los pueblos indígenas se movilizaron en contra de las políticas neoliberales en determinados contextos, (2) discernir los patrones de movilización desplegados por los indígenas y (3) mostrar hasta qué punto las movilizaciones contra las políticas neoliberales han supuesto cambios en la política latinoamericana.

1. Por ejemplo, Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Movimientos sociales, perspectivas comparadas* (Madrid: Istmo, 1999); Doug McAdam, Sidney G. Tarrow y Charles Tilly, *La dinámica de la contienda política* (Barcelona: Editorial Hacer, 2005); y Sidney Tarrow, *El poder en movimiento: Movimientos sociales, acción colectiva y política de masas en el estado moderno* (Madrid: Alianza, 2012).

Según la autora, las causas de la ola de movilización indígena están relacionadas con la combinación del impacto de las medidas neoliberales que permitieron la privatización de tierras,² junto con las reformas institucionales que supusieron una descentralización de la organización territorial del Estado, la implantación de sistemas electorales más inclusivos y la ampliación de derechos nominales — entre los que aparecieron los derechos multiculturales. Este cóctel de políticas neoliberales y reformas generó, por un lado, un proceso de atomización social de colectivos anteriormente muy combativos (como fueron las clases populares y trabajadores urbanos), pero también tuvo consecuencias no previstas como la de repolitizar otros sectores — rurales e indígenas — que activaron nuevas formas de acción colectiva (como la acción directa) desde lógicas autónomas y horizontales. Este último fenómeno se ilustra de forma detallada tanto en el tercer y cuarto capítulo del libro de Tuaza Castro como en el segundo capítulo del libro de Rice.

La obra de Rice, a la vez, pretende analizar los impactos de la segunda ola de protestas a través de comparar, por un lado, Ecuador y Bolivia, donde las movilizaciones étnicas fueron muy intensas y, por otro lado, Chile y Perú, donde — a pesar de su tradición de luchas populares y obreristas — las movilizaciones fueron episódicas. De este ejercicio Rice señala que en Ecuador las protestas impulsadas por los indígenas a través de redes horizontales de origen comunitario supusieron un proceso de incorporación de colectivos históricamente excluidos y la deslegitimación y quiebra del modelo neoliberal. Por ello Rice expone que es imposible interpretar la situación actual de Ecuador sin tomar en cuenta la irrupción de la protesta indígena, más allá de que hoy el movimiento esté fragmentado y minorizado, y la administración de Rafael Correa lo trate como un colectivo minoritario que responde a “intereses sectoriales”. Posteriormente, el capítulo que trata el caso de Bolivia sigue un patrón semejante: expone que los indígenas fueron el único sector capaz de transformar el sentimiento anti-neoliberal (que apareció en los años 80) en un proyecto político alternativo. Y también señala que fue lo indígena (de origen aymara y quechua, y de pueblos originarios) lo que impulsó una nueva lógica movilizadora, reemplazando el protagonismo que antes tuvieron los sindicatos mineros, desbordando las costuras institucionales del viejo régimen y transformando la arena política bajo el liderazgo del Movimiento al Socialismo (MAS) y de Evo Morales, quien se convirtió en el primer jefe de Estado indígena de América Latina en 2006 con 54 por ciento del sufragio — cargo que revalidó en 2009 con 64 por ciento de los votos.

En oposición a los dos casos descritos, Rice interpreta lo acontecido en la década de los noventa y en el siglo XXI en Perú y Chile como contra-ejemplos, a pesar de tener una larga tradición de protesta. Según Rice, en Perú las políticas neoliberales de la administración de Alberto Fujimori y el terror que se desplegó a raíz de la lucha contra Sendero Luminoso arrasaron con el potencial movilizador de los sectores urbanos y de las comunidades indígenas, y por ello, la protesta social ha

2. Sobre esta cuestión, el trabajo de Alison Brysk y Carol Wise, “Economic Adjustment and Ethnic Conflict in Bolivia, Peru and Mexico” (Working Paper No. 216, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, DC, 1995), es muy ilustrativo, y también es útil el libro de Deborah J. Yashar, *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge* (Nueva York: Cambridge University Press, 2005).

sido moderada, atomizada, étnicamente poco consistente y sin canales para poder canalizar demandas populares, a pesar de que candidatos como Alejandro Toledo o Ollanta Humala han apelado al voto indígena. En este contexto el libro concluye que en Perú las protestas han sido puntuales y esporádicas, y la representación indígena poco relevante y encapsulada en el mundo local. En la misma dirección Chile se presenta como un caso singular debido a su legado autoritario y neoliberal, y por su solidez institucional. Y si bien la protesta chilena tuvo un ciclo ascendente en la segunda mitad de los años ochenta, ésta estuvo muy centrado en demandas laborales y anti-autoritarias. Posteriormente, también se expone que si bien a finales de los años noventa se activó la movilización indígena mapuche (a través del Consejo de Todas las Tierras y la Coordinadora Arauco-Malleco), ésta se focalizó territorialmente y fue fuertemente reprimida.

A través de esta comparación Rice concluye que las movilizaciones indígenas en la segunda ola de protestas han tenido una importancia política clave allí donde han tenido una gran intensidad, pues han quebrado el modelo de desarrollo neoliberal y han supuesto la incorporación de nuevas clases populares que no tenían adscripción partidaria ni sindical, sino que pertenecían a redes comunitarias indígenas o a espacios informales y atomizados. En base a lo señalado el libro afirma, por un lado, que si bien las reformas neoliberales desmovilizaron a determinados sectores también movilizaron y repolitizaron a otros que se activaron a través de nuevos patrones de protesta y, por otro lado, que esta segunda ola de movilización supuso un proceso de inclusión y profundización democrática (sobre todo en Bolivia y Ecuador), así como la implosión del sistema de partidos en el triángulo andino. Además Rice afirma que las protestas han tenido impactos políticos muy relevantes en algunos entornos, mientras que en otros no, en función de la solidez del sistema de partidos, de la capacidad de los movimientos indígenas de crear sólidas plataformas políticas unitarias y de los antecedentes de represión y violencia política. Finalmente Rice expone también que es una paradoja que los movimientos indígenas hayan sido los impulsores de la renovación política nacional cuando sus demandas se centraban sobre todo en la identidad, el territorio y la autonomía. Por ello Rice afirma que gracias a la radicalidad, autonomía y cohesión orgánica de los movimientos indígenas en América Latina hubo un giro “hacia la izquierda” en la región (124–125).³

Por todo lo descrito, el libro de Rice responde a la primera y a la última de las cuatro preguntas que se formulan al inicio, a saber, qué formas ha adquirido la protesta de los pueblos indígenas en la actualidad y cómo interpretar sus consecuencias. A pesar de ello, la obra también presenta de algunas debilidades, siendo

3. Sobre el tema de los nuevos actores políticos y la ola progresista en América Latina, véase Francisco Panniza, “Nuevas izquierdas y democracia en América Latina”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nos. 85–86 (mayo 2009): 75–88; Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts, “Latin America’s Left Turn: A Framework for Analysis”, en *The Resurgence of the Latin American Left*, ed. Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts (Baltimore: John Hopkins University Press), 1–28. Respecto a la aparición de un nuevo formato partidario político de matriz “movimentista”, véase Paul D. Almeida, “Social Movement Partyism: Collective Action and Oppositional Political Parties in Latin America”, en *Strategic Alliances: New Studies of Social Movement Coalitions*, ed. Nella Van Dyke y Holly J. McCammon (Minneapolis: University of Minnesota Press), 170–196.

la mayor de ellas la contundencia de las afirmaciones que sostiene sobre temas tan complejos como son el impacto de las movilizaciones o los procesos de incorporación y/o inclusión en sistemas políticos. Y más aún utilizando una lógica comparativa con *N* pequeña sin el rigor metodológico que se podría esperar.⁴ Por ello, puede afirmarse que el libro es un buen punto de partida para posteriores investigaciones. Unas investigaciones que requerirían de mayor rigor tanto para testar las tesis expuestas como para comparar procesos históricos entre países.

PARTICIPACIÓN POLÍTICA: RECLAMOS ÉTNICOS Y PARTIDOS POLÍTICOS

Después de exponer en el epígrafe anterior las aportaciones del texto de Rice aún nos queda por responder las preguntas de ¿por qué en algunos países las movilizaciones indígenas supusieron la creación de partidos de étnicos y en otros no? y ¿cómo interpretar la solidez de algunos partidos étnicos y la fragilidad de otros? Responder estas preguntas es el cometido de la obra de Raúl L. Madrid, *The Rise of Ethnic Politics in Latin America*.

Este libro pretende dialogar, por un lado, con la obra de Van Cott (2005), *From Movements to Parties in Latin America: The Evolution of Ethnic Politics* y, por otro, con la literatura sobre política y etnicidad desarrollada en África o Asia.⁵ Sobre este último aspecto Madrid sostiene que en América Latina, a diferencia de otras latitudes, los partidos étnicos no han incrementado el odio racial; no han supuesto mayores niveles de conflictividad ni una amenaza a la democracia. Contrariamente, la obra *The Rise of Ethnic Politics in Latin America* afirma que hasta la fecha, los partidos étnicos relevantes en la región han tenido efectos positivos en cuanto a la integración social y popular de segmentos anteriormente excluidos en sus respectivas democracias.

En cuanto a su diálogo con la obra de Van Cott, Madrid pretende desmentir algunas de las hipótesis que ésta planteó en su obra publicada en 2005. En esta dirección Madrid pone en cuestión que exista una relación significativa entre la aparición (y éxito) de los partidos étnicos y la presencia de determinados elementos de carácter institucional como el sistema electoral, el tamaño del distrito o los requisitos de inscripción de los partidos. Según *The Rise of Ethnic Politics*,

4. Nos referimos a la lógica comparativa de casos más semejantes con resultados diferentes, o casos más diferentes con resultados parecidos, dónde se seleccionan una batería de variables independientes y se comparan de forma sistemática a través de lógica booleanas —tal como se observa en el trabajo de Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2000), o el de Aníbal Pérez-Liñán, *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2009).

5. Refiero a la obra de Donna Lee Van Cott, *From Movements to Parties in Latin America: The Evolution of Ethnic Politics* (Nueva York: Cambridge University Press, 2005), que compara los casos de Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. El libro mantiene un diálogo con trabajos como Kanchan Chandra, "Ethnic Parties and Democratic Stability", *Perspectives on Politics* 2, no. 2 (2005): 235–252; Alvin Rabushka y Kenneth A. Shepsle, *Politics in Plural Societies: A Theory of Democratic Instability* (Columbus, OH: Merrill, 1972); Donald L. Horowitz, *Ethnic Groups in Conflict* (Berkeley: University of California Press, 1985); Benjamin Reilly, *Democracy in Divided Societies: Electoral Engineering for Conflict Management* (Nueva York: Cambridge University Press, 2001); y Timothy D. Sisk, *Power Sharing and International Mediation in Ethnic Conflicts* (Washington, DC: US Institute for Peace Press, 1996).

los elementos más importantes a la hora de comprender la aparición y éxito de un partido étnico son la capacidad que éste tenga de elaborar un discurso étnico incluyente (que apele a un abanico amplio y múltiple de identidades subalternas) y que tenga atributos populistas —entendiendo por tales la presencia de un líder carismático, el rechazo a las políticas neoliberales y al statu quo. Precisamente por ello la aportación que Madrid quiere presentar (y que aparece reiteradamente a lo largo de toda la obra) es el fenómeno del etnopopulismo como algo propio de la historia política reciente de América Latina, y que a su vez tiene elementos positivos (como la inserción social de sectores históricamente excluidos) y otros potencialmente negativos (como el debilitamiento del Estado de derecho o el personalismo).

Con el objetivo de probar lo arriba expuesto, el libro Madrid despliega un diseño metodológico basado en un análisis estadístico de datos de encuesta (mayoritariamente extraídos del Latin American Public Opinion Project y de los institutos electorales oficiales). A partir de los resultados que obtiene, el autor infiere que quienes votan a los partidos étnicos son mayoritariamente (aunque no exclusivamente) personas que se autoidentifican como indígenas —o a veces con identidades múltiples y fluidas— y que demandan políticas de expansión del gasto público con énfasis en las políticas contra la pobreza, y a favor de la equidad y el desarrollo. Por ello, según su tesis, la formación boliviana MAS ha sido el partido étnico más exitoso de la región, pues sus líderes han tenido la capacidad (a diferencia del Movimiento Indígena Pachakuti, o MIP) de alinearse con los postulados del etnopopulismo. En cambio, en Ecuador el Pachakutik (o Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik) sólo fue exitoso en un período muy breve (desde el año 1996 hasta el 2002), mientras mantuvo un discurso identitario inclusivo y se opuso a las políticas neoliberales. Por otro lado, tal como señala Madrid, en Perú a pesar de que algunos candidatos —como Fujimori, Toledo y Humala— apelaron a los indígenas, dichos políticos nunca tenían la capacidad de activar el clivaje étnico, y por tanto, nunca ha cuajado una formación indígena con presencia nacional.⁶

Dicho esto, si bien es cierto que Madrid domina la literatura sobre política y etnicidad en América Latina y que discute con las aportaciones sobre el mismo tema provenientes de otras regiones del planeta, su tesis es sorprendentemente limitada, pues reduce la presencia (y éxito) de los partidos políticos étnicos a la capacidad de sus líderes de activar un discurso inclusivo y *anti-establishment*, junto con políticas que mejoren la situación de los más desfavorecidos, ignorando otros elementos como el impacto inhibitor del recuerdo de la violencia o la presencia de una red organizativa previa al partido con capacidad de movilización y de presión.⁷ En esta línea parece que Madrid no cree relevante que los dirigentes de los partidos étnicos puedan tomar decisiones estratégicas como la elaboración de un discurso o la oferta de políticas públicas etnopopulistas, o que previamente sea necesario disponer de un entorno institucional abierto respecto al reconoci-

6. El capítulo 5 también trata brevemente los casos de Guatemala, Colombia, Venezuela y Nicaragua, pero lo hace de forma muy somera y con datos secundarios.

7. Tal como ocurrió en Perú o Guatemala donde hubo un conflicto bélico durante los años ochenta que se ensañó con comunidades indígenas.

miento de la diferencia, una organización territorial del poder descentralizada que suponga un fácil acceso a recursos públicos, unas reglas de juego electorales permeables y/o en un entorno donde los actores políticos clásicos estén fraccionados o en crisis.⁸ Y todo ello, con la prevención de que en este proceso el recuerdo de episodios recientes de violencia extrema pueda operar como un elemento inhibitorio. Es decir, para evaluar el éxito y el fracaso de la política étnica en América Latina es preciso elaborar un análisis más complejo.

ASCENSO Y DECLIVE: ECUADOR COMO PARADIGMA

Durante los últimos años, en casi toda América Latina, el ciclo de grandes movilizaciones indígenas ha descendido y junto a ello ha disminuido la presencia que tenían sus demandas en la agenda pública. En este nuevo contexto parece que las ventanas de oportunidad que se abrieron en la década de los noventa se están cerrando. Si a ello se le suma que dos de los aliados fundamentales de las comunidades indígenas —como fueron la Iglesia Católica y la red de organizaciones no gubernamentales— están cambiando de posición y de interés, el futuro de estos movimientos se vislumbra complicado. Pero si un país encarna a la perfección este fenómeno (el del ascenso, centralidad y declive de la política étnica) éste es Ecuador, donde los movimientos indígenas fueron claves para la reforma del sistema político a pesar de que el desenlace posterior —con la consolidación de Correa en el poder— relegó a los indígenas a un segundo (o tercer) plano. Dicho fenómeno, sin embargo, necesita algún tipo de explicación. Y esto es, precisamente, lo que pretenden ofrecer, desde estilos y perspectivas muy dispares, los libros de Tuaza Castro, *La crisis del movimiento indígena ecuatoriano*, y de Mijeski y Beck, *Pachakutik and the Rise and Decline of the Ecuadorian Indigenous Movement*.

Tanto el libro de Mijeski y Beck como el de Tuaza Castro ofrecen un análisis del nacimiento, primeros pasos, la emergencia, el éxito y la crisis de una de las organizaciones indígenas más emblemáticas de la región: el Pachakutik. Pero además de describir el surgimiento de un movimiento que se convirtió en un partido político exitoso, también señalan las contradicciones y limitaciones que ha padecido un movimiento social cuando pasa de la protesta a la dinámica electoral, y de ésta al poder gubernamental.

Para ello Mijeski y Beck elaboran un análisis en el marco de las tensiones existentes entre los movimientos sociales y la democracia, y entre los movimientos sociales y los partidos indígenas en América Latina. Estos debates, que son de vital importancia en la reflexión sobre la democracia realmente existente, se llevan a cabo a través de las herramientas de análisis que ofrece la literatura sobre movimientos sociales. De esta manera, el libro interpreta el auge y la caída de Pachakutik desde la perspectiva de la “estructura de oportunidades políticas”, de la teoría de la movilización de recursos, así como las perspectivas basadas en

8. Sobre este debate véase Salvador Martí i Puig, “Las razones de presencia y éxito de partidos étnicos en América Latina: Los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Perú”, *Revista Mexicana de Sociología* 70, no. 4 (2008): 675–724.

los elementos simbólicos y cognitivos. Por otra parte, el libro también analiza el desempeño electoral del partido en cada elección en la que ha participado, con especial énfasis en las elecciones de 2002 y 2006. Las aportaciones de *Pachakutik and the Rise and Decline of the Ecuadorian Indigenous Movement* se basan en señalar la dificultad que suponen para una formación pasar, en pocos años, de ser un catalizador de la protesta a un *incumbent* que debe justificar políticas que antes detestaba. Con ello Mijeski y Beck argumentan que durante el período 2000–2003, cuando el movimiento formó parte del gobierno de Lucio Gutiérrez, estallaron todas las contradicciones presentes en una organización social revolucionaria que se transformó de golpe —y muchas veces en contra de su voluntad— en parte del *statu quo*.

Por otro lado, el libro de Tuaza Castro analiza el mismo caso desde otra perspectiva en la que privilegia la mirada local (desde la localidad de Columbe, en la provincia del Chimborazo) con un largo recorrido histórico. Este trabajo, de mayor volumen (372 páginas), es más descriptivo, detallado y panorámico, a la vez que emergen reflexiones propias de un *insider* —como realmente es el autor. En este sentido la naturaleza del trabajo de Tuaza Castro es muy diferente al de Mijeski y Beck, pues es fruto de una tesis doctoral de tradición hispana y eso se nota por su extensión, su pretensión enciclopédica y la voluntad de incrustar en el texto muchos temas en la obra —hecho que genera una estructura poco parsimoniosa y dispersa. A la vez —y también a diferencia de Mijeski y Beck— la teoría y las herramientas analíticas de la obra se exponen al inicio pero no se integran en el relato; pues el libro está mucho más interesado en describir de forma detallada la formación del movimiento indígena, su evolución, su consolidación, el impacto de las políticas públicas implementadas en la comunidad y su pérdida de relevancia y liderazgo, así como la competición existente en la actualidad con las organizaciones impulsadas en el campo por la “revolución ciudadana” liderada por Correa. Por todo ello se puede afirmar que las dos obras sobre Ecuador aquí reseñadas se complementan —o, dicho en otras palabras, lo que le sobra a la una le falta a la otra: a Tuaza Castro le sobra el detalle y descripción fruto de un conocimiento minucioso de la realidad indígena ecuatoriana que le falta a Mijeski y Beck, pero el libro de Tuaza Castro mejoraría sustancialmente si tuviera mayor integración analítica y capacidad sintética que está presente en *Pachakutik and the Rise and Decline of the Ecuadorian Indigenous Movement*.

Pero además de eso los dos libros ponen el énfasis en cosas diferentes. Mijeski y Beck destacan la paradoja de que el Pachakutik “perdió ganando”, debido a su falta de madurez organizativa y a la complejidad de su cometido. Mientras que Tuaza Castro se pregunta por qué una organización que tuvo tanta legitimidad, fuerza y apoyo no fue capaz (según su criterio) de disminuir la pobreza y marginalidad en que viven las comunidades, de mantener la lealtad de sus antiguos militantes y de entusiasmar a los jóvenes para que sigan la misma lucha. Posiblemente —desde ángulos diferentes— ambos libros pretenden comprender un tema clásico de la política: el ascenso y la decadencia de las formaciones políticas que quieren transformar la realidad y que, en algún momento, tienen la oportunidad de hacerlo sin demasiada fortuna.

NUEVOS CONFLICTOS, NUEVOS TEMAS

Las cuatro obras reseñadas tienen un objetivo común: comprender la política étnica en América Latina años después de haber sido novedad. Precisamente por ello las obras intentan comprender cuál ha sido el impacto de las movilizaciones impulsadas por los indígenas hace una década, por qué en unos países han tenido éxito (o no) los partidos que se han presentado en los comicios ondeando como bandera los reclamos étnicos, y cómo en algunos casos la presencia de los actores indígenas ha sido tan relevante como fugaz. Sin duda se trata de un tema de gran relevancia, si bien quizás hoy ha perdido centralidad en el debate académico. Con todo, es obvio que se trata de un tema que va a tener aún mucha vida, pues tanto los movimientos indígenas como sus demandas van a estar presentes en la región.

De todas formas, si hace unos años los debates sobre indigenismo en América Latina se han basado en la aparición de actores políticos étnicos, es posible afirmar que en un futuro próximo cambien de ángulo y desplacen su atención en los conflictos entre comunidades indígenas y empresas (públicas y privadas) que están ávidas por apropiarse de los recursos estratégicos (agua, biodiversidad, gas, petróleo, minerales, bosques) que están ubicados en zonas donde habitan estos pueblos.⁹ Además, es necesario precisar que desde hace unos años está cambiando la correlación de fuerzas en detrimento de los pueblos indígenas, pues algunos gobiernos que en un inicio se presentaron como aliados de los pueblos indígenas hoy apelan a la “responsabilidad y al interés general” para expropiar recursos que pertenecen a estos pueblos.

Pero a pesar del cierre de oportunidades que está experimentando la causa indígena en América Latina, estos pueblos van a continuar luchando por sus derechos. Y si bien esta lucha será diferente de la anterior, el aprendizaje organizativo que han experimentado (que se muestra en las obras reseñadas) será vital. Por ello si bien es previsible que las futuras movilizaciones tengan otro formato —quizás más silenciosas o con mayor énfasis en la protección de los recursos naturales— seguramente no estarán desconectadas de los temas que presentan las cuatro obras aquí tratadas, cuya lectura se recomienda.

9. Sobre este tema véase la obra editada por José Aylwin, Salvador Martí i Puig, Claire Wright y Nancy Yáñez, *Entre el desarrollo y el buen vivir: Recursos naturales y conflictos en territorios indígenas* (Madrid: Libros de la Catarata, 2013).